

**IL SAPORE DELLA STORIA.
MAQUIAVELO Y LOS CLÁSICOS EN “EL PRÍNCIPE” Y EN LOS
“DISCURSOS SOBRE LA PRIMERA DÉCADA DE TITO LIVIO”**

Por Jorge del Palacio Martín
(Universidad Rey Juan Carlos)

RESUMEN

El presente trabajo analiza el papel de los clásicos en las dos principales obras de pensamiento político de Nicolás Maquiavelo: *El Príncipe* y los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. En este artículo se va a sostener que el valor que Maquiavelo otorga a los clásicos en su obra está vinculado a la idea de experiencia como fuente principal del conocimiento político. Para ello el artículo se dividirá en tres partes. En primer lugar se presentará la importancia de los clásicos en la composición de *El Príncipe* y los *Discursos*. En segundo lugar se analizará la idea de la política sobre la que descansa la importancia que Maquiavelo concede a los clásicos. En tercer y último lugar se analizará la relevancia del estudio de los clásicos en la formación humanística de Maquiavelo.

PALABRAS CLAVE: clásicos, historiografía, experiencia, política, humanismo

**IL SAPORE DELLA STORIA.
MACHIAVELLI AND THE CLASSICAL THINKERS IN “THE PRINCE” AND
“DISCOURSES ON LIVY”**

ABSTRACT

The present work analyzes the role played by classical thinkers in the two chief political works of Nicholas Machiavelli: *The Prince* and the *Discourses on Livy*. I shall maintain that the value which Machiavelli awards classical thinkers in his work is related to the idea that experience is the most important source of political knowledge. To this end, the essay shall be divided into three parts. To begin with, I shall explain the importance of classical thought in the composition of the Prince and the Discourses. Secondly, I shall elucidate the idea of politics on the basis of which rests the importance of the classics for Machiavelli. And finally, I shall explain the way in which the study of the classics was essential to Machiavelli's humanistic education.

KEY WORDS: classical thinkers, historiography, experience, politics, humanism.

**IL SAPORE DELLA STORIA.
MAQUIAVELO Y LOS CLÁSICOS EN “EL PRÍNCIPE” Y EN LOS
“DISCURSOS SOBRE LA PRIMERA DÉCADA DE TITO LIVIO”**

Por Jorge del Palacio Martín
(Universidad Rey Juan Carlos)

Maquiavelo y los clásicos: la experiencia como conocimiento

Existen dos anécdotas con las que los biógrafos de Maquiavelo han ilustrado su amor por los clásicos. La primera de ellas –y, quizás, la más famosa– nos sitúa en su lecho de muerte. La segunda, nos lleva al retiro en Sant’Andrea in Percusina al que Maquiavelo se vio obligado tras perder su puesto de secretario de la Segunda Cancillería de la República de Florencia y donde escribiría sus dos obras políticas más relevantes: *El Príncipe* y los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*.

Antes de morir, el 21 de junio de 1527, el pensador florentino relató a los amigos que le acompañaron en sus últimos días un sueño que había tenido. Un sueño que la posteridad recordaría como “el sueño de Maquiavelo”. En él, cuenta Maquiavelo, se encontró con una multitud de hombres de aspecto mísero y harapiento. Al preguntarles quiénes eran y dónde iban estos tuvieron a bien responderle: “Somos los santos y beatos, vamos camino del paraíso”. A continuación, Maquiavelo cuenta que divisó una muchedumbre de aspecto noble, ataviada con lujosos ropajes y que discutían sobre problemas políticos. Entre ellos pudo reconocer a grandes filósofos e historiadores de la antigüedad como Platón, Plutarco o Tácito. Les preguntó quiénes era y dónde iban, y estos tuvieron a bien responderle: “Somos los condenados al infierno”. Dicho lo cual, la historia cuenta que Maquiavelo resolvió que prefería, con mucho, ir al infierno a conversar sobre política con los clásicos de la antigüedad, antes de ir al paraíso a morirse te tedio con los santos y beatos.¹

En 1513, retirado de la vida política en *L’Albergaccio*, la casa de campo que su padre le dejó en Sant’Andrea in Percussina, pequeña localidad de la Toscana, Maquiavelo comunicaba por carta a su amigo Francesco Vettori que no se mantenía ocioso y que estaba preparado para volver, en cuanto sus servicios fuesen requeridos, al mundo de la política. En concreto, en carta escrita el 10 de diciembre de 1513 Maquiavelo relataba a Francesco Vettori su particular dedicación al estudio de los clásicos una vez daba por terminada la jornada campestre,

Llegada la noche regreso a casa y entro en mi estudio; y en el umbral me despojo de aquella ropa cotidiana, llena de barro y lodo, y visto prendas reales y curiales; y, decentemente vestido, entro en las antiguas cortes de los hombres antiguos, donde, recibido amorosamente por ellos, me alimento de esa comida que es sólo mía, ya que nací para ella; allí

¹ Maurizio Viroli: *La sonrisa de Maquiavelo*, Barcelona 2002, p. 15

no me avergüenzo de hablar con ellos y preguntarles la razón de sus acciones; y ellos, por su humanidad, me responden; y durante cuatro horas de tiempo no siento tedio alguno, olvido todo afán, no temo la pobreza, no me asusta la muerte: me transfiero del todo a ellos²

Más allá de la anécdota, ambos episodios nos muestran que para Maquiavelo el conocimiento de la política está, en buena medida, ligado al estudio de los clásicos. La pasión que Maquiavelo siente por los clásicos es una pasión que está presente en toda su obra, donde la lectura de los mismos es señalada como uno de los mejores instrumentos al alcance de los hombres tanto para su educación política, como para saber manejarse por los meandros de la vida pública.

Esta idea aparece con claridad meridiana en el capítulo XIV de *El Príncipe*, fragmento en el que Maquiavelo atiende la cuestión de la mejor formación política para el príncipe.

Por lo que hace referencia al adiestramiento de la mente, el príncipe de leer las obras de los historiadores, y en ellas examinar las acciones de los hombres eminentes, viendo cómo se han conducido en la guerra, estudiando las razones de sus victorias y de sus derrotas a fin de que esté en condiciones de evitar las últimas e imitar las primeras. Y, sobre todo, debe hacer lo que, por otra parte, siempre hicieron los hombres eminentes: tomar como modelo a alguien que con anterioridad haya sido alabado y celebrado, conservando siempre ante los ojos sus actitudes y sus acciones; así se dice que Alejandro Magno imitaba a Aquiles, César a Alejandro, Escipión a Ciro.³

El interés de Maquiavelo por el estudio de los clásicos entronca con la tradición de pensamiento republicana que renace en Florencia a principios del siglo XVI. Como ha señalado Ángel Rivero, esta tradición republicana de la que participa Maquiavelo hace de la experiencia política el principal capital para su teoría. En este sentido, los clásicos son apreciados por Maquiavelo como depósito de la experiencia, de tal modo que la lectura de las obras de los Tito Livio, Polibio o Salustio se convierte en una suerte de conversación con el pasado al objeto de aprender del ejemplo de Roma.⁴

En su obra clásica *Los fundamentos del pensamiento político moderno* Quentin Skinner ha escrito que el principal momento de florecimiento para la teoría política republicana se dio tras el retorno de los Médici a Florencia en 1512. Para el profesor inglés, este florecimiento estuvo motivado por tres razones principales: en primer lugar, el recuerdo de la restauración de la República entre 1494 y 1512; en segundo lugar, la esperanza de volver a derrocar a los Médici –cosa que ocurriría en 1527; en tercero, la necesidad de mantener en el ínterin vivo el espíritu de oposición a las prácticas “despóticas”

² Maurizio Viroli: *Op. Cit.*, p. 183; Federico Chabod: *Scritti su Machiavelli*, Torino 1980, pp. 371-372

³ Nicolás Maquiavelo: *El Príncipe*, Madrid 2000, p. 94

⁴ Ángel Rivero: “Republicanism and neo-republicanism”, *Isegoria*, Nº 33 (Madrid 2005), pp. 5-17

y “tiránicas” propias del régimen mediceo. El resultado, nos dice Skinner, “fue el análisis más intensivo e importante de los principios políticos republicanos que haya aparecido a comienzos de la Europa moderna”.⁵

El principal lugar donde estas ideas se discutían en tiempos del gobierno de los Médici fueron las reuniones celebradas en los *Orti Oricellari*, unos jardines situados a las afueras de Florencia y que pertenecían a Cosimo Rucellai, aristócrata enemigo de los Médici a quien Maquiavelo dedicaría los *Discursos*. Entre los habituales a estas reuniones el más brillante era, precisamente, Maquiavelo, quien fuera secretario de la cancillería de la República de Florencia hasta la restauración del gobierno de los Médici.⁶

Como se ha señalado, en la obra de Maquiavelo el conocimiento político es entendido como asimilación de experiencia, proceso que procede de dos fuentes: el presente y el pasado. En el caso de Maquiavelo, el conocimiento del presente procedía de sus catorce años –de 1498 a 1512– de experiencia al servicio de la República de Florencia en los que desempeñó diversos cargos y embajadas antes gobiernos extranjeros. La experiencia del pasado, por el contrario, venía dada por la lectura de los clásicos. Sobre todo, los historiadores romanos.

Así lo advierte en la dedicatoria que en *El Príncipe* escribe para su destinatario Lorenzo de Medici: “... no he encontrado entre mis pertenencias cosa alguna que considere más valiosa o estime tanto como el conocimiento de las acciones de los grandes hombres, adquirido por mí mediante una larga experiencia de las cosas del modernas y una continua lectura de las antiguas”. Afirmación que puede volver a leerse en la dedicatoria que Maquiavelo escribe para Zanobi Buondelmonti y Cosimo Rucellai en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*: “...en él he manifestado todo cuanto sé y cuanto me han enseñado una larga práctica y la continua lección de las cosas del mundo.”⁷

Pese a todas las diferencias que pueden existir entre *El Príncipe* y los *Discursos*, hay elementos de peso que otorgan una unidad de fondo a ambos textos. Uno de ellos –y, quizás, el más importante– es que ambos trabajos ofrecen a sus lectores consejos para la fundación, consolidación y el mantenimiento del poder con independencia de consideraciones éticas o morales.⁸ Sin embargo, otro elemento común sobre el que debe repararse es la importancia que los clásicos tienen en la configuración de ambas composiciones. Con independencia de que *El Príncipe* esté orientado a guiar la conducta de los príncipes, o que en los *Discursos* su consejo vaya orientado a un cuerpo de ciudadanos, los dos libros se presentan como colección de lecciones políticas cuya legitimidad se funda sobre la experiencia, y donde,

⁵ Quentin Skinner: *Los fundamentos del pensamiento político moderno. I El Renacimiento* (México 1993), p 178

⁶ *Ibidem*.

⁷ Nicolás Maquiavelo: *El Príncipe*, p. 33 ; Nicolás Maquiavelo: *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (Madrid 2003), p.25

⁸ Quentin Skinner: *Los fundamentos del pensamiento político moderno. I El Renacimiento* (México 1993), pp. 209-210

precisamente, el vehículo para la transmisión de las lecciones del pasado son los historiadores antiguos.

Maquiavelo, la política y su condición de conocimiento

Como tantas veces se ha señalado, uno de los puntos más originales de la obra de Maquiavelo estriba en haber descrito la política como un fenómeno autónomo. Es decir, como un fenómeno que se rige por sus propias leyes y que, guiado por un fuerte empirismo, pone el foco de su atención en la “verità effettuale della cosa”. Posición que entronca a la perfección, con la idea, arriba señalada, de la experiencia como principal fuente de la teoría.

Esta convicción metodológica es expresada en un fragmento del capítulo XV de *El Príncipe*, fragmento que con el tiempo se ha convertido en la formulación más celebrada del programa de trabajo maquiaveliano,

...siendo mi propósito escribir algo útil para quien lo lea, me ha parecido más conveniente ir directamente a la verdad real de la cosa que a la representación imaginaria de la misma. Muchos se han imaginado repúblicas y principados que nadie ha visto jamás ni se ha sabido que existieran realmente; porque hay tanta distancia de cómo se vive a cómo se debería vivir, que quien deja a un lado lo que se hace por lo que se debería hacer aprende antes su ruina que su preservación...⁹

En este fragmento Maquiavelo no solamente define su posición como observador de la política, sino que se desmarca de toda una tradición de la teoría política que, partiendo de *La República* de Platón, cifró su objetivo en esbozar el funcionamiento ideal de un régimen político. Al contrario, Maquiavelo deslinda sus juicios de cualquier valoración de orden ético y se limitará a realizar una descripción de la mecánica del poder y las técnicas de gobierno. De este modo, se aleja de la teoría política como un género de reflexión sobre cómo debería ser el gobierno de una comunidad en un estado ideal, para estudiar el gobierno de los hombres y los pueblos tal y como en realidad es y sucede. En este sentido, a pesar de que en el “sueño de Maquiavelo” se citase a Platón, lo cierto es que el gusto por la observación como fuente de conocimiento político del que hacía gala Maquiavelo le inclinó antes a las obras de Polibio o Tito Livio, que a las de filósofos de la antigüedad como Cicerón, Aristóteles o el mismo Platón.

Como escribió Ernst Cassirer en su libro clásico *El mito del Estado*, Maquiavelo observaba la política como el químico que en su laboratorio estudia las reacciones químicas.¹⁰ Ciertamente, si bien hasta el siglo XVII y la publicación de las obras de Galileo y Descartes no puede hablarse del establecimiento de un patrón científico para la investigación filosófica, en el pensamiento renacentista encontramos sus primeros impulsos y

⁹ Nicolás Maquiavelo: *El Príncipe*, p. 95

¹⁰ Ernst Cassirer: *El mito del Estado* (México 1974) p. 183

manifestaciones. En este sentido, Maquiavelo no deja de ser, dentro de sus limitaciones, un representante de este amanecer del pensamiento científico.

Sobre todo en la medida en que su consideración del hombre es, en cierto modo, mecanicista y su análisis de la política no busca elementos causales que se sitúen fuera del marco de lo observable.

Si Maquiavelo defiende el estudio de la política como un fenómeno autónomo –léase, como un fenómeno regido por unas leyes y principios propios que pueden ser obtenidos mediante la observación– es porque afirma la existencia de un dato permanente en torno al cual gira el fenómeno mismo de la política: la naturaleza humana, “que siempre se comporta igual, responde a los mismos estímulos de forma parecida, y sufre una invencible tendencia a obrar mal a no ser que se le obligue a lo contrario”.¹¹ Esta idea atraviesa y da sentido a toda su obra, pero tiene una presencia singular en los *Discursos*.

Por ejemplo, en el capítulo 39 del Libro I de los *Discursos* Maquiavelo nos advierte que para quien investigue con diligencia los hechos del pasado le será fácil prever el futuro de cualquier república, así como el modo en que se deberán gestionar los problemas de la misma, pues “todas las ciudades y todos los pueblos tienen los mismos deseos y los mismos humores, y así ha sido siempre”. Del mismo modo, en el capítulo 43 del Libro III el florentino vuelve a incidir en que “quien quiera ver lo que será, considere lo que ha sido”, y desarrolla el argumento señalado que “porque todas las cosas del mundo tienen siempre su correspondencia en sus tiempos pasados. Esto sucede porque, siendo obra de los hombres, que tienen y tendrán las mismas pasiones, conviene necesariamente que produzcan los mismos efectos”¹²

Como hemos visto, Maquiavelo entiende a los hombres como seres sujetos a pasiones de manera constante y permanente por su propia naturaleza. Además añade, en un tono marcadamente pesimista, cuáles son estas pasiones y deseos. En un célebre fragmento del Libro I de los *Discorsi*, Maquiavelo señala que,

Como demuestran todos los que han mediado sobre la vida política y los ejemplos de los que está llena la historia, es necesario que quien dispone una república y ordena sus leyes presuponga que todos los hombres son malos, y que pondrán en práctica sus perversas ideas siempre que se les presente la ocasión de hacerlo libremente; y aunque alguna maldad permanezca oculta por un tiempo, por provenir de alguna causa escondida que, por no tener experiencia anterior, no se percibe, siempre la pone al descubierto el tiempo, al que llaman padre de toda la verdad

¹¹ Ana Martínez Arancón: “Introducción” en Nicolás Maquiavelo: *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* p. 12; Federico Chabod: *Op. Cit.* p. 376

¹² Nicolás Maquiavelo: *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, p.134 y 435

Abundando sobre el particular,

Porque los hombres, cuando no combaten por necesidad, lo hacen por ambición, la cual es tan poderosa en los corazones humanos, que nunca los abandona, por altos que hayan llegado. La causa es que la naturaleza ha constituido al hombre de tal manera que puede desearlo todo, pero no puede conseguirlo todo, de modo que siendo siempre mayor el deseo que la capacidad de conseguir, resulta el descontento de lo que se posee y la insatisfacción. De aquí se originan los cambios de la fortuna, porque deseando, por un lado, los hombres tener más, y temiendo, por otro, perder lo que tienen, se llega a la enemistad y a la guerra, que causará la ruina de una provincia y la exaltación de otra ¹³

Como ha escrito Miguel Ángel Granada, a través de la imagen de la naturaleza humana que Maquiavelo nos brinda en su obra podemos hacernos una idea cabal de lo que el pensador florentino entendía por la historia. En los *Discorsi*, su obra más ambiciosa filosóficamente, Maquiavelo nos ofrece una visión de la historia caracterizada por su completa inmanencia, lo que no deja lugar a una perspectiva trascendente o escatológica sobre la misma. Ello resulta así porque de las mismas causas humanas –las pasiones– se siguen los mismos accidentes históricos, con lo que la historia deviene “una permanente manifestación de lo mismo”. ¹⁴

Por tanto, en el pensamiento de Maquiavelo es este orden permanente que subyace a la historia, que no es otra cosa que la puesta en liza de los mismos humores y las mismas pasiones humanas en su lucha por el poder, la condición misma de la historia como objeto de conocimiento político.

Maquiavelo y la historia como *magistra vitae*

A pesar del carácter radicalmente novedoso con el que la obra de Maquiavelo irrumpe en la historia del pensamiento político, existe en ella, paradójicamente, un vínculo fortísimo con la misma tradición que revoluciona. A pesar de que las tesis que Maquiavelo propone suponen, en muchos aspectos, un antes y un después en la historia de la teoría política, Felix Gilbert, entre otros, ha señalado que el marco en el que el pensador florentino trabaja no es original, sino el propio la cultura humanista del renacimiento. Un marco en el que la experiencia personal y la autoridad de los clásicos seguía siendo el vehículo fundamental para la expresión de la opinión. ¹⁵

¹³ *Ibidem.*, p. 40 y pp.126-127 En el Proemio al Libro II también se nos dice: “Siendo, además, los apetitos humanos insaciables, porque por naturaleza pueden y quieren desear toda cosa, y la fortuna les permite conseguir pocas, resulta continuamente un descontento en el espíritu humano, y un fastidio de las cosas que se poseen, que hace vituperar los tiempos presentes, alabar los pasados y desear los futuros” p. 190

¹⁴ Miguel Á. Granada: “Introducción” en Nicolás Maquiavelo: *El Príncipe*, p.22

¹⁵ Felix Gilbert: *Machiavelli and Guicciardini: Politics and History in Sixteenth-Century Florence* (Princeton 1973) pp. 158-159

Al hilo del método utilizado por Maquiavelo, no deja de ser interesante observar que el propio autor, en el proemio al Libro I de los *Discursos*, advierte que “por la naturaleza envidiosa de los hombres la tarea de buscar nuevos métodos y recursos haya sido siempre tan peligrosa como buscar aguas y tierras ignotas” pero que, a pesar de todo, se ha “decido a entrar por un camino que, como no ha sido aún recorrido por nadie, me costará muchas fatigas y dificultades”¹⁶

Sin embargo, dejando a un lado el contenido de sus tesis, en lo que se refiere a metodología y aspectos formales la obra de Maquiavelo sigue a pies juntillas los dos dogmas de la historiografía clásica: primero, que las obras históricas debían servir para aprender lecciones; segundo, los materiales no debían aspirar a ofrecer una crónica completa de acontecimientos, sino que debían ordenarse de modo que las lecciones pudiesen apreciarse mejor. Lo que quería decir que, llegado el momento, el escritor podía tomarse la libertad de omitir o inventar ciertos hechos si con ello lograba otorgar mayor intensidad al relato.¹⁷

El hecho de que Maquiavelo asume plenamente estos principios no solo lo representa su praxis en *El Príncipe* y los *Discursos*. En el verano de 1520, Maquiavelo hizo circular a sus colegas de los *Orti Oricellari* un texto que consideró modelo estilístico para la escritura de la historia. El tema elegido fue una biografía del tirano de la ciudad de Luca, Castruccio Castracani. El texto demuestra, como ha escrito Skinner, que para Maquiavelo los detalles particulares sobre la vida de Castracani –muchos de los cuales fueron, literalmente, inventados– tenían un interés muy menor frente a la prioridad de seleccionar y ordenar los materiales para producir un efecto aleccionador en el lector.¹⁸

Una de las características principales de la teoría política de Maquiavelo es, por tanto, que a pesar de su profunda novedad en cuanto a sus implicaciones últimas de sus ideas, en cuanto a forma toca participa plenamente de la cultura humanista en la que la historia continua siendo *magistrae vita*. Es decir, que su empeño por renovar el pensamiento humano y su gusto por el empirismo y la observación no desembocan en una ruptura con las formas de expresión y transmisión del pensamiento del renacimiento humanista. Al contrario, busca su propio lugar en una tradición ya existente y que, lejos de criticar, reivindica como mejor instrumento para el conocimiento político.

En el mismo proemio al Libro I en el que Maquiavelo promete al lector nuevos “métodos y recursos” para el estudio de la política se termina reivindicando el papel de la experiencia transmitida por los antiguos. A mayor abundamiento, Maquiavelo señala, no sin cierta melancolía, que a pesar del honor que en general se tributa a la Antigüedad en muchos aspectos,

¹⁶ Nicolás Maquiavelo: *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, p. 27

¹⁷ Donald J. Wilcox: *The development of florentine humanist historiography in the fifteenth century* (Cambridge 1969) pp.21-23; Quentin Skinner: *Maquiavelo* (Madrid 1998) p 100

¹⁸ Quentin Skinner: *Maquiavelo* (Madrid 1998) p 101

cuando se trata de ordenar la república, de mantener el Estado, gobernar el reino, organizar el ejército y llevar a cabo la guerra, juzgar a los súbditos o acrecentar el imperio, no se encuentra príncipe ni república que recurra a los ejemplos de los antiguos. Eso procede, en mi opinión, no tanto de la debilidad a que ha conducido al mundo la presente religión, o del mal que el ocio y la ambición han causado en muchas provincias y ciudades cristianas, como de no tener verdadero conocimiento de la historia, y de no extraer, al leerla, su sentido, ni gozar del sabor que encierra.

Y añade a continuación...

De donde nace que muchos lectores se complacen al escuchar aquella variedad de sucesos que contiene, sin pensar de ningún modo imitarlos, juzgando la imitación no ya difícil, sino imposible, como si el cielo, el sol, los elementos, los hombres, hubieran variado sus movimientos, su orden y sus potencias desde los antiguos ¹⁹

Conclusiones

En este texto he querido señalar que el lugar principal que Maquiavelo otorga a los clásicos en su obra está vinculado al papel que la experiencia tiene como fuente principal de conocimiento político en la tradición republicana del siglo XVI.

En este sentido, lo que he tratado de explicar es que Maquiavelo es capaz de afirmar la autonomía de la política dentro del marco clásico de la historiografía humanista. Sobre todo porque la obra de los historiadores antiguos es considerada el depósito de ejemplos y acciones de la naturaleza humana, la cual Maquiavelo considera que se manifiesta igual y constante durante la historia.

Como ejemplo final del amor de Maquiavelo por los clásicos, vale señalar que el mismo “sueño de Maquiavelo”, con el que comenzaba este texto, no es sino una recreación divertida que el *quondam* secretario florentino hace del “sueño de Escipión” de Cicerón para los amigos que le acompañan en su lecho de muerte. En el relato que Cicerón recoge su libro *Sobre la república* a Escipión Emiliano se le aparece en sueños su abuelo Escipión “el africano” y le cuenta las recompensas que en el más allá esperan a los hombres de Estado virtuosos. En el “sueño de Maquiavelo”, ya sabemos donde terminan los hombres de Estado y los pensadores dedicados a reflexionar sobre la política.

Recibido: 14 de noviembre de 2012

¹⁹ Nicolás Maquiavelo: *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, p. 28-29